

Vida y MUERTE en Federico García Lorca, José Niño¹

1 Seudónimo de José Jesús Jiménez Barona, poeta colombiano.

Publicaciones: Diario El País: “Vida y muerte en Federico García Lorca”. Gaceta Dominical. 11 de mayo de 1986. Santiago de Cali.

Colombia.

Revista cultural virtual “Hispanorama literario” Directora Alicia Rosell. Madrid. España.

Obra consultada: “Obra completa Federico García Lorca”. Aguilar. Editores.

De la muerte de Federico sabemos poco. Tenemos la certeza de las manos asesinas. Sabemos de los autores de este crimen político acaecido hace ya 50 años. En qué día, a qué hora, en qué sitio lo aprehendieron? Conjeturas. Posiblemente muere el 19 de agosto, según los más entendidos. Pero, ¿cómo fueron sus últimos momentos? ¿Qué fue del cadáver de Federico? De los instantes finales de su oscura muerte no queda casi nada; salvo Federico: “*Guardia civil caminera / lo llevó codo con codo*”. “*Voces de muerte sonaron / cerca del Guadalquivir. / Voces antiguas que cercan / voz del clavel varonil*”.

Federico venía de las entrañas de la tierra, de la primera voz, del primer lamento. Tejido de anémonas y dalias, salvias y petunias, adelfas y crisantemos, el poeta cantaba la epopeya milenaria de su pueblo. Auténtico, andaluz hasta en el tuétano, activo y claro militante de las ideas republicanas, Federico fue presa del despropósito fascista que aborrecía todo lo que oliera a tiempo. Federico lo sabía. Conocía más que nadie la reacción fascista en ciernes, sobre la España de los vinos y las danzas y la lidia de los toros. Recordemos cómo el poeta mitifica a la “Guardia Civil” española en el “Romancero gitano”. La “Guardia Civil”, pierde su connotación sustantiva de cuerpo armado para la custodia o la defensa. El sustantivo se adjetiva. Adquiere la cualidad de referir la muerte:

*“Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras”.*

El poeta de la gracia transforma todo al toque de sus manos. Federico así la piedra y la materia inerte se trocaba en vida. Quisieron silenciarlo, pero Federico estaba acostumbrado a vencer sobre la muerte. Y es que, el creador por excelencia, no muere. El trasegar del calendario le da más vida. Se nos ha formado una incógnita angustiosa al no hallar el mago de la palabra y palparle; o al menos, conocer el lugar en donde reposa su cadáver. Federico, inmerso en el contexto histórico de la España de los años 30, se sabía triunfador sobre la muerte: “En todos los países la muerte es un fin. Llega y se corren las cortinas. En España, no. En España los muertos se levantan. Muchas gentes viven allí entre muros hasta el día en que se mueren y los sacan al sol. Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo. Hiere su perfil como el filo de una navaja barbera”.

Así perdura Federico entre nosotros.

*“Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.
Cuando yo me muera,
entre los naranjos*

y la hierbabuena” .

(“Memento”. “Poema del Cante Jondo”)

Para Federico la vida y la muerte discurren paralelas. La muerte se nutre de la vida, la vida se halla en el reconocimiento de la muerte. La muerte no llega, nos crece. El poeta descubre en la vida el reflejo de la muerte. Vida y muerte; fuerzas antagónicas cuyo vínculo es el hombre. En el hallazgo de esta dialéctica inherente, el poeta percibe nuestra condición trágica : somos, en tanto luchamos con la muerte:

*“Hombre y pez en sus medios, bajo cosas flotantes,
esperando en el alga o en la silla su noche
¡quiero olvidarlas!”.*

Hay un espacio y un tiempo determinados y propios. Hay una existencia por lograr. El hecho de vivir nos compromete. La trama se resuelve con la postura que adoptemos. Tomamos conciencia de la vida en este emplazamiento en que el hacedor ha puesto al hombre. Asumimos la responsabilidad de preparar nuestra muerte:

*”Yo
¡sólo yo!
labrando la bandeja
donde no irá mi cabeza.
¡Sólo yo!” .*

El poeta es un constante moribundo. La creación sólo surge a partir de la presencia de la muerte. La palabra es el momento cúspide, culminante; último acto de la vida y por la vida. El poeta no narra ni transcribe una emoción, un viaje. Es poseído por una oscura fuerza (“Duende”, para usar la terminología del poeta), que irrumpe rasgando las fibras más recónditas del ser, hiriéndolo perennemente. La creación surge de esta lucha del “Duende” en el poeta amenazado de muerte. La palabra es culminación, transformación del “Duende”.

No se trata del dolor como elemento necesario para la creación poética. El dolor es intrínseco a la naturaleza humana. Somos transidos por la muerte. El creador se enfrenta, se sobrepone a ella. Toda realidad exterior emerge de esta lucha dolorida y sangrienta. Un entorno de sangre (símbolo por antonomasia de la poética de Lorca) nos circunda. : Aún desde nuestro propio origen :

*“Árbol de sangre moja la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana”*

(“Adán”)

Nacer es el triunfo de la vida. La palabra es vida que nace para el poeta y para el resto de los hombres. El creador es niño a fuerza de parir sensaciones nuevas. El poeta y el niño reencuentran el mundo. Experimentan el júbilo de un nuevo sol sobre la tierra. Niño y poeta son lo mismo. El primero en su sinceridad. El segundo en la búsqueda obstinada de su alegría primigenia. La niñez, ausencia de dolor, ignorancia de los límites y del decurso del tiempo, carencia sensitiva de un destino ineludible. En tanto, el hombre, sabe del dolor, siente la muerte que lo abarca, lucha irremediable contra ella :

*“Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era”*

(Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”)

La niñez es el principio y el fin de la vida del poeta (*En abril de mi infancia yo cantaba*). La niñez no es una edad dichosa perdida para siempre. Tampoco es la nostalgia romántica de un retorno imposible. La niñez tiene una característica propia : redescubrir el lugar en donde fue la vida; aprisionar su realidad, hacerla suya y comunicarla a los otros por medio del lenguaje. Este atributo también es propio del poeta : anunciador de sensaciones inéditas .

El niño posee un asombro incesante, puesto que en él los elementos carecen de una función específica. El niño es capaz de transformarse en perro o en gato; o descifrar el trino de la alondra. En la imaginación ilimitada del niño, un vaso de cartón es un recipiente o un barco; las estrellas, bombillitos de la noche; el viento proviene del soplo de un gigante; o como a Federico, les habla el susurro de los árboles.

Para el poeta, *la colmena es una estrella casta; el viento, moreno, ardiente; la tarde tiene sed de sombra; la cigarra muere dichosa, borracha de luz. La adelfa solloza y la guitarra llora; el mar baila por la playa; el búho, limpia sus gafas / y medita; el agua toca su tambor de plata; una campana serena / crucificada en su ritmo / define a la mañana.*

Pero la muerte nos va creciendo y la vida toma consciencia de ella. El niño es arrojado de su estado natural. Se extravía:

*Perdí la sortija de mi dicha
al pasar el arroyo imaginario.*

En la sima del río -vida, “Narciso”, extasiado y absorto, se entrevé :

*En lo hondo hay una rosa
y en la rosa hay otro río”.*

“Y en la rosa estoy yo mismo”.

En el “Romance de la luna, luna”, la muerte aparece en femenino. Atrae hacia el abismo como las sirenas de Ulises. Bella y yerma (la luna tiene pechos estériles) seduce y arrastra a la orgía de la noche:

*En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lubrica y pura,
sus senos de duro estaño.*

*... “Por el cielo va la luna
con un niño de la mano” .*

La muerte ronda. Acaricia su presencia de aire. En “Malagueña”, *la muerte/ entra y sale / de la taberna. En otro, “doña muerte, arrugada/ pasea por los sauzales/ con su absurdo cortejo/ de ilusiones remotas. Las ciudades tienen olor y sabor a muerte. Córdoba y Granada (¡Oh ciudad de los gitanos! / ¿quién te vio y no te recuerda?), son tierra de la muerte, soleá enlutada. Sevilla es una torre / llena de arqueros finos”.* España toda vive bajo el embrujo de la muerte.

Con suma precisión Federico nos lo ha dicho en su imperecedera conferencia “Teoría y juego del duende” :

La cuchilla y la rueda del carro, y la navaja, y las barbas pinchosas de los pastores, y la luna pelada, y la mosca, y las alacenas húmedas, y los derribos, y los santos cubiertos de encaje, y la cal, y la línea hiriente de aleros y miradores tienen en España diminutas hierbas de muerte, alusiones y voces perceptibles para un espíritu alerta, que nos llama la memoria con el aire yerto de nuestro propio tránsito. En la obra del poeta, los objetos más sencillos dan testimonio de la muerte :

Cómo temblaba el farol./ Madre./ Cómo temblaba el farolito de la calle. O se anuncia en el canto del pájaro agorero : ¡Cómo canta la zumaya,/ ay, cómo canta en el árbol!. O es la misma arquitectura la vigía de la muerte : *La muerte me está mirando/ desde las torres de Córdoba.* O es la noche que *espesa como un vino de cien años.* Antoñito el Camborio, lleva en su rostro los rasgos premonitorios de su muerte violenta : *Moreno de verde luna / anda despacio y garboso.* Verde luna, esperanza de la muerte. El reto se acepta con mesura (despacio y garboso). Profundidad del ser ejecutando actos que habrían de sobrevivirle. Antoñito pelea con su muerte, allana el camino sin saber la hora en que ésta y la vida se agotan para siempre. Afirmación y negación. El hombre perdura gracias al conocimiento de estas dos fuerzas; al empeño que ponga por salvar su condición salvaje.

En cambio, en “Poeta en Nueva York”, Federico nos escribe la aniquilación del hombre. Nueva York, poblada por gentes venidas de todos los confines del mundo, es una ciudad sin raíces. El individuo llena su vacío con la satisfacción desbocada de sus instintos primarios. Nueva York es la ciudad del sexo y de la gula, de la opulencia y del hambre. Ciudad en que la muerte genera olvido, verdadera muerte. Ciudad en que la vida y la muerte se equiparan al degollamiento de *un millón de vacas,* y cuyos alaridos, *llenan de dolor el valle / donde el Hudson se emborracha con aceite. La aurora de Nueva York tiene/ cuatro columnas de cieno / y un huracán de negras palomas / que chapotean las aguas podridas.* El poeta, *asesinado por el cielo,* fustiga |con toda su ira el momento de las cosas secas./ *de la espiga en el ojo y el gato laminado,/ del óxido de hierro de los grandes puentes / y el definitivo silencio del corcho.* En Nueva York, *la luz es sepultada por cadenas y ruidos/ en impúdico reto de ciencias sin raíces.”* Por los barrios hay gentes que *vacilan insomnes/ como recién salidas de un naufragio de sangre.* Con todo el amor y toda la furia el poeta predice la caída de la Gran Babilonia, en “Danza de la muerte”:

*...Era el momento de las cosas secas,
de la espiga en el ojo y el gato laminado,
del óxido de hierro de los grandes puentes
y el definitivo silencio del corcho.*

*...Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos,
que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas,
que ya la Bolsa será una pirámide de musgo,
que ya vendrán lianas después de los fusiles
y muy pronto, muy pronto, muy pronto.
¡Ay, Wall Street!*

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo escupe veneno de bosque
por la angustia imperfecta de Nueva York!*

La muerte y las posturas que se adopten. Como en el arte del toreo (ejemplo al que acudiera con frecuencia Federico) *se adora y se sacrifica a un dios.* Se prepara al toro para vencer sobre su muerte.

Vida-muerte: hombre ; y un instante en que el llegado se queda en la memoria de los otros para siempre :

*A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.*

*...Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.*

*...Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!*

(“Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”)

Derechos reservados de autor

